

Bendiciones de la **Generosidad**



“El alma generosa será prosperada...”

(Proverbios 11.25)

Bendiciones de la **Generosidad**

Jesús Briseño Sánchez

Tonalá, Jalisco - Abril de 2023

Visite en internet:

Publicaciones Jesús Briseño

INTRODUCCIÓN

No parece existir mandamiento de Dios que no esté diseñado para el bienestar del hombre mismo. Es lo que sucede con el mandamiento de la generosidad. Cuando leemos los pasajes bíblicos que nos hablan del tema, nos damos cuenta de que casi cada uno de ellos nos habla de alguna bendición que recibe aquel que da a otros. Vemos algunas características de la generosidad, enseñanzas acerca del dador, de las formas, de quien recibe y sobre lo que se da; pero siempre sobresale, como una nota principal y enfática, la bienaventuranza del corazón generoso.

El adjetivo *generoso* a veces se aplica al individuo que es “*dadivoso*”, o “*liberal*”. A veces se refiere a la cualidad, “*que obra con magnanimidad y nobleza de ánimo*”. Y en ocasiones, a lo que se da, “*abundante, amplio*”. Lo contrario de la generosidad es el egoísmo, que es: “*Inmoderado y excesivo amor a sí mismo, que hace atender desmedidamente al propio interés, sin cuidarse del de los demás*”. (Diccionario de la Real Academia Española).

1.- El Generoso será Prosperado

Así dice la Palabra de Dios: “*Hay quienes reparten, y les es añadido más; y hay quienes retienen más de lo que es justo, pero vienen a pobreza. El alma generosa será prosperada; y el que saciare, él también será saciado*” (Proverbios 11.24-25).

Para quien le gustan los enigmas, aquí hay uno que desafía a la lógica: algunos, queriendo ser más prósperos y felices, *retienen más de lo que es justo*, pero terminan en pobreza; otros por el contrario, reparten, y les es añadido más. El verso 25 parece explicar el misterio: Dios prosperará a aquel cuya alma es generosa, y quien sacie a otros, él también será saciado. Otras versiones bíblicas dicen: *ayudado, aliviado, reanimado*.

La clave del éxito según la filosofía del mundo es obtener y conservar la mayor cantidad de dinero y de bienes, pero según la sabiduría de Dios, la clave de la verdadera prosperidad y satisfacción está en ser personas generosas. El alma generosa es muy bendecida por Dios.

Tal vez alguien tiene determinada cantidad de dinero, por ejemplo, y al no ayudar a su prójimo en necesidad, cree que le irá mejor, que conservará su dinero; pero le sucede el misterio del profeta Hageo en 1.9: “*Buscáis mucho, y halláis poco; y encerráis en casa, y yo lo disiparé en un soplo*”.

Si de por sí *las riquezas se hacen alas de águila que vuelan al cielo* (Proverbios 23.5), imagínese lo que será con la acción de Dios.

Se cumple fielmente la Palabra de Dios, incluso para quienes vivimos bajo el Nuevo Pacto; dice el apóstol Pablo: *“El que siembra escasamente, también segará escasamente; y el que siembra generosamente, generosamente también segará”* (2Corintios 9.6). Bien podría decirse, que una buena parte de nuestra situación y de nuestros resultados, son a causa y consecuencia de lo que nos hemos dedicado a sembrar en la vida.

Cuando se obedece la Palabra de Dios y se provee de lo necesario al necesitado o se ofrenda correctamente, no debemos de pensar que tendremos menos o que nos hará falta, pues dice Dios que es como si estuviéramos sembrando para cosechar después. Jesucristo también afirma esta gran verdad cuando dice: *“den y se les dará”* (Lucas 6.38).

Dios promete que toda obra de las manos de un generoso será bendecida: *“Cuando siegues tu mies en tu campo, y olvides alguna gavilla en el campo, no volverás para recogerla; será para el extranjero, para el huérfano y para la viuda; para que te bendiga Jehová tu Dios en toda obra de tus manos. Cuando sacudas tus olivos, no recorrerás las ramas que hayas dejado tras de ti; serán para el extranjero, para el huérfano y para la viuda. Cuando vendimies tu viña, no rebuscarás tras de ti; será para el extranjero, para el huérfano y para la viuda. Y acuérdate que fuiste siervo en tierra de Egipto; por tanto, yo te mando que hagas esto”* (Deuteronomio 24.19-22).

Aunque no hayamos sido siervos en Egipto, nosotros también podemos acordarnos de momentos de necesidad que hemos pasado, y sea que nos hayan ayudado o no, sabemos lo que se siente y podemos entender la alegría que los pobres podían experimentar al encontrar algo de comida en el campo.

Este mandamiento divino de ser generosos, nos enseña muchas y hermosas cosas espirituales:

- Nos enseña a ver nuestro patrimonio material con otros ojos, entendiendo que de verdad le pertenece a Dios. Si nosotros mismos le pertenecemos, ¿Cómo podemos siquiera pensar que nuestras posesiones no?
- Nos enseña que debemos de buscar las mejores maneras de usar nuestras posesiones para la gloria del Nombre de Dios. Cuando somos generosos con alguien, esa persona reconocerá la mano y la providencia de Dios en su vida.

- Nos enseña que Dios prueba nuestra fe y nuestros corazones poniéndonos delante de personas necesitadas y menos afortunadas que nosotros.

Cuando recuerdo aquel proverbio que dice: *“El rico y el pobre se encuentran; a ambos los hizo Jehová”* (Proverbios 22.2), no solo medito en que Dios es el Creador de ambos y que tienen la misma importancia y dignidad ante sus ojos, sino también, que Dios ha propiciado asimismo las circunstancias y la oportunidad de su encuentro.

“Y el que da semilla al que siembra, y pan al que come, proveerá y multiplicará vuestra sementera, y aumentará los frutos de vuestra justicia” (2Corintios 9.10). Dios es quien produce todas las cosas y él es el verdadero dador; así como disipará los recursos del mezquino, aumentará los de aquellos que sean generosos. Hasta las personas que no creen en Dios, tienen frases que expresan esta gran verdad: *“todo lo que des se te devuelve multiplicado”*.

Cuando usted ofrende generosamente, cuando ayude a su hermano necesitado, o a cualquiera que le pida, jamás piense que Dios quiere dañar sus posesiones, jamás crea que le hará falta aquello de lo que se desprende, y sobre todo, nunca dude de que Dios se lo devolverá multiplicado. Es palabra fiel y promesa firme de Dios.

2.- El Generoso Practica la Religión Pura y sin Mácula

“La religión pura y sin mácula delante de Dios el Padre es esta: Visitar a los huérfanos y a las viudas en sus tribulaciones, y guardarse sin mancha del mundo” (Santiago 1.27). La Nueva Traducción Viviente dice: *“La religión pura y verdadera a los ojos de Dios Padre consiste en ocuparse de los huérfanos y de las viudas en sus aflicciones, y no dejar que el mundo te corrompa”*.

¿Cuántas personas buenas y religiosas anhelan y pretenden ser adoradores de Dios? El que es generoso, es practicante de la religión verdadera. No está enseñando Santiago que haciendo estas dos cosas ya no se necesita nada más, eso entraría en contradicción con el resto del Nuevo Testamento. Santiago se dirige a convertidos, y les dice que estas cosas prácticas ilustran a la religión verdadera, aquella que pone por obra en servicio, benevolencia y santidad lo que Dios dice en Su Palabra.

El significado de *visitar* para los judíos, no era la visita social, sino realmente aliviar esas tribulaciones (Zacarías 11.16; Mateo 25.43). La Nueva Versión Internacional dice ‘atender’, la mayoría de las versiones dicen ‘ayudar’.

Santiago enseña la verdadera fe, que va mucho más allá de las palabras bonitas: “Y si un hermano o una hermana están desnudos, y tienen necesidad del mantenimiento de cada día, y alguno de vosotros les dice: *Id en paz, calentaos y saciaos, pero no les dais las cosas que son necesarias para el cuerpo, ¿de qué aprovecha?*” (Santiago 2.15-16).

¿De qué le sirve al necesitado que se le manden saludos, abrazos y buenos deseos? El cristiano diligente acude pronto, está cercano a su hermano, conoce su condición, hace oración sí, pero no lleva las manos vacías, ofrece o consigue la ayuda efectiva.

El cristiano que es generoso, practica el ayuno que agrada a Dios: “¿Es tal el ayuno que yo escogí, que de día aflija el hombre su alma, que incline su cabeza como junco, y haga cama de cilicio y de ceniza? ¿Llamaréis esto ayuno, y día agradable a Jehová? ¿No es más bien el ayuno que yo escogí, desatar las ligaduras de impiedad, soltar las cargas de opresión, y dejar ir libres a los quebrantados, y que rompáis todo yugo? ¿No es que partas tu pan con el hambriento, y a los pobres errantes albergues en casa; que cuando veas al desnudo, lo cubras, y no te escondas de tu hermano? Entonces nacerá tu luz como el alba, y tu salvación se dejará ver pronto; e irá tu justicia delante de ti, y la gloria de Jehová será tu retaguardia. Entonces invocarás, y te oirá Jehová; clamarás, y dirá él: *Heme aquí. Si quitares de en medio de ti el yugo, el dedo amenazador, y el hablar vanidad; y si dieres tu pan al hambriento, y saciases al alma afligida, en las tinieblas nacerá tu luz, y tu oscuridad será como el mediodía. Jehová te pastoreará siempre, y en las sequías saciará tu alma, y dará vigor a tus huesos; y serás como huerto de riego, y como manantial de aguas, cuyas aguas nunca faltan*” (Isaías 58.5-11).

En este largo pero hermoso pasaje, vemos muestras de una falsa religiosidad, características de la generosidad, cualidades del generoso y bendiciones espirituales de parte de Dios. La gloria de Jehová será tu retaguardia, Jehová escuchará tu oración y te dirá ‘*aquí estoy*’, Jehová te pastoreará siempre y tus aguas nunca faltarán. Todo esto no solo es buena parte de las bendiciones de la generosidad, sino también muestra y prueba de con quienes tiene Dios comunión.

El problema de los judíos no era el culto, las ceremonias y las medidas exactas, tampoco era el desconocimiento de la ley cuyas letras memorizaban, el gran problema de este pueblo era su corazón endurecido y su falta de misericordia. Es a los expertos de la ley a quienes Jesús les deja de tarea intentar aprender lo que dijo Dios por medio del profeta Oseas: “*Porque misericordia quiero, y no sacrificio, y conocimiento de Dios más que holocaustos*” (Oseas 6.6).

Cuando Mateo narra este evento, según la Biblia en Lenguaje Sencillo, dice: *“Mejor vayan y traten de averiguar lo que Dios quiso decir con estas palabras: ‘Prefiero que sean compasivos con la gente, y no que me traigan ofrendas’. Yo vine a invitar a los pecadores para que sean mis discípulos, no a los que se creen buenos”* (Mateo 9.13).

Ni Santiago, ni Isaías, ni Oseas, ni Jesús, están diciendo que siendo compasivos lo demás no importa. Lo que enseñan en conjunto, es que no se debe de perder de vista la prioridad, lo esencial de la fe. Cristo dijo a los judíos: *“¡Ay de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas! porque diezmáis la menta y el eneldo y el comino, y dejáis lo más importante de la ley: la justicia, la misericordia y la fe. Esto era necesario hacer, sin dejar de hacer aquello”* (Mateo 23.23).

El que es generoso glorifica a Dios: *“El que oprime al pobre afrenta a su Hacedor; Mas el que tiene misericordia del pobre, lo honra”* (Proverbios 14.31). Una forma de darle honra a Dios, es tener misericordia del pobre. Si alguien de verdad busca la forma de honrar a Dios, aquí tiene una de las mejores y más sencillas. Lo contrario de honrar a Dios es afrentarlo, ¿cómo? Es más sencillo todavía: no ayudando al pobre.

Otra forma de oprimir al pobre, es no solo negarle la ayuda, sino retenérsela, postergarla, hacerlo dar vueltas, imponerle requisitos. La Biblia habla de no retrasar el apoyo cuando tienes con qué ayudar: *“No te niegues a hacer el bien a quien es debido, cuando tuvieres poder para hacerlo. No digas a tu prójimo: anda, y vuelve, y mañana te daré, cuando tienes contigo qué darle”* (Proverbios 3.27-28).

Aquí se nos presentan asimismo dos requisitos indispensables para cumplir con este mandamiento:

- *A quien es debido.* Hay personas que piden porque no quieren trabajar, y hay quienes piden para gastar en vicios. Dios no manda que se apoye lo malo (Efesios 5.11; 2Tesalonicenses 3.10).
- *Cuando tienes qué dar.* Lo que se da es acepto según lo que uno tiene, según sus posibilidades, Dios no demanda lo que no es posible (pero es él quien conoce a la perfección nuestras posibilidades). (2Corintios 8.12).

Pero si tenemos con qué dar y si la persona es un verdadero necesitado, me gustaría saber ¿qué motivos puede haber para no ser compasivos, misericordiosos y generosos? ¿Cuál es el argumento? El cristiano generoso tiene la bendición de que es practicante de la religión pura y sin mácula. Y ahora que hablamos de esto...

Nosotros somos rápidos para debatir y demostrar muy bíblica y elocuentemente lo que es la obra de la iglesia local: evangelismo, edificación y benevolencia para los santos. Creemos y enseñamos que no se trata solo de llamarse ‘cristianos’ e identificarse como ‘iglesia de Cristo’, sino que la obra que Dios le dejó, también es uno de los puntos distintivos de la verdadera iglesia. Nos ofende ver a tantas iglesias de Cristo ocupadas en un sinnúmero de obras y eventos que Dios jamás pensó para su iglesia.

Pero si con ese mismo celo analizamos nuestra propia obra y resultados como congregación en esas tres áreas, nos condenan nuestras propias palabras y no encontramos donde ocultar el rostro. ¿Somos en verdad una iglesia de Cristo o somos amigos jugando a la iglesita? Nuestro Señor lo dice de una manera más sencilla: “*por sus frutos los conoceréis*” (Mateo 7.20). No por sus libros, discursos y debates, sino por sus obras, acciones, hechos.

Por lo tanto, y para nuestro bien, cuando alguien nos solicite ayuda, no lo veamos como aquel que se va a llevar nuestro dinero, sino como aquel que nos está regalando la oportunidad de obedecer la voluntad del Señor, hacer su obra y agradar al mismo corazón de Dios.

3.- El Generoso será hijo de Dios

“Porque si amáis a los que os aman, ¿qué mérito tenéis? Porque también los pecadores aman a los que los aman. Y si hacéis bien a los que os hacen bien, ¿qué mérito tenéis? Porque también los pecadores hacen lo mismo. Y si prestáis a aquellos de quienes esperáis recibir, ¿qué mérito tenéis? Porque también los pecadores prestan a los pecadores, para recibir otro tanto. Amad, pues, a vuestros enemigos, y haced bien, y prestad, no esperando de ello nada; y será vuestro galardón grande, y seréis hijos del Altísimo; porque él es benigno para con los ingratos y malos. Sed, pues, misericordiosos, como también vuestro Padre es misericordioso” (Lucas 6.32-36).

Una de nuestras más grandes deficiencias, es que administramos nuestro amor como si fuera un bien mercantil, o un artículo de compra y venta. Nos creemos muy amorosos, pero amamos solo a quienes nos aman o a quienes nos caen bien. Hacemos el bien a las personas dependiendo de qué tanto nos han ayudado, o de qué tanto lo pueden hacer en un futuro. Dice Jesús que eso es lo que hacen los pecadores. Aun los criminales aman y hacen bien a su familia, a sus amigos y a sus cómplices.

Pero el que es hijo de Dios, aquel que ha nacido de nuevo, que se ha convertido al Señor de adentro hacia afuera, que ha sido regenerado, ya no vive como dice Pablo, *en los deseos de nuestra carne, haciendo la voluntad de la carne y de los pensamientos* (Efesios 2.3). Dios ha cambiado su mente y ahora tiene *la mente de Cristo* (1Corintios 2.16), cree, piensa, actúa como Cristo (Hechos 10.38; 1Juan 2.6).

Dios le ha cambiado su corazón: *“Os daré corazón nuevo, y pondré espíritu nuevo dentro de vosotros; y quitaré de vuestra carne el corazón de piedra, y os daré un corazón de carne”* (Ezequiel 36.26). Ahora como hijo de Dios, *ama a sus enemigos, bendice a los que lo maldicen, hace bien a quienes lo aborrecen y ora por sus perseguidores, ¿para qué lo hace? Para ser hijo de su Padre que está en los cielos, que hace salir su sol sobre malos y buenos, y hace llover sobre justos e injustos* (Mateo 5.44-45). Dios en su amor no hace acepción de personas (Hechos 10.34).

En otra ocasión dijimos que *cuando un hijo ama a su padre, quiere ser como él en todo*. Pero como nadie puede ser como alguien a quien no conoce, *“A Dios nadie le vio jamás; el unigénito Hijo, que está en el seno del Padre, él le ha dado a conocer”* (Juan 1.18; ver 14.9). ¿Y qué hizo Aquel que *es la imagen del Dios invisible?* (Colosenses 1.15). Después de lavar los pies a sus discípulos, él dijo: *“Porque ejemplo os he dado, para que como yo os he hecho, vosotros también hagáis”* (Juan 13.15). En Cristo Jesús siempre van las acciones muy adelante de las palabras.

Nuestro hermano Wayne Partain comenta: *“Es obvio que la expresión “para que seáis” expresa condición o requisito; es decir, para ser hijos de Dios tenemos que hacer algo. Tenemos que hacer lo que Jesús enseña: bendecir al enemigo, hacerle bien y orar por él. Si no hacemos esto, no podemos ser hijos de Dios”*.

Vemos que el proceso de la conversión no se limita a oír, creer, arrepentirse, confesar la fe y bautizarse, sino que también incluye desarrollar y adquirir las cualidades y el carácter del Señor a quien pertenecemos. El Espíritu que reveló el bautismo para el perdón de los pecados, es el mismo que ha revelado el amor, la generosidad, la benignidad y la misericordia, para ser hijos de Dios.

Son sencillas las palabras del apóstol Pablo: *“Porque todos los que son guiados por el Espíritu de Dios, éstos son hijos de Dios”* (Romanos 8.14). Y concluye: *“Sed, pues, imitadores de Dios como hijos amados. Y andad en amor, como también Cristo nos amó, y se entregó a sí mismo por nosotros, ofrenda y sacrificio a Dios en olor fragante”* (Efesios 5.1-2).

Y cuando oímos acerca de la ofrenda en olor fragante, no podemos dejar de acordarnos de las acciones de los hermanos macedonios: *“que en grande prueba de tribulación, la abundancia de su gozo y su profunda pobreza abundaron en riquezas de su generosidad. Pues doy testimonio de que con agrado han dado conforme a sus fuerzas, y aun más allá de sus fuerzas, pidiéndonos con muchos ruegos que les concediésemos el privilegio de participar en este servicio para los santos. Y no como lo esperábamos, sino que a sí mismos se dieron primeramente al Señor, y luego a nosotros por la voluntad de Dios”* (2Corintios 8.2-5).

La versión Palabra de Dios para Todos: *“Ellos han pasado por muchos sufrimientos. Viven en la pobreza, pero a pesar de ella y de las dificultades, han sido muy generosos porque están llenos de alegría. Les puedo asegurar que ellos dieron todo voluntariamente, y hasta entregaron más de lo que podían. Incluso, nos han rogado una y otra vez que les demos el privilegio de participar en esta ofrenda para el pueblo de Dios. No dieron simplemente de la manera que esperábamos, sino que primero se entregaron al Señor y luego a nosotros siguiendo la voluntad de Dios”*.

Hablamos del cambio de mente y corazón que la gracia de Dios ha hecho en aquellos que adopta como sus hijos, pero siempre se necesita el ejemplo práctico de la teoría. Y no hay mejor ejemplo de esta transformación espiritual que el de los macedonios.

Hay quienes no quieren ser generosos porque son pobres, pero los macedonios eran profundamente pobres. Se necesita la riqueza espiritual, la fe *que todo sufre con amor y puede en el dolor cantar* (Himno 149), ese gozo que hace a las dificultades y a la pobreza ser como nada.

Hay quienes, como aquellos que iban al templo a ofrendar, dan solo un poco de lo que tienen, pero los macedonios, como la viuda pobre, dieron más allá de sus fuerzas y con agrado (Lucas 21.1-4), porque lo vieron, más que como un mandamiento, como un privilegio.

Hay quienes dicen: *“para dar necesito que me pidan”*, pero los hermanos judíos no le pidieron a los macedonios, ellos no estaban contemplados, tuvieron que rogar mucho para poder participar.

¿Se acuerdan del buen samaritano? El judío no solo no pidió la ayuda del samaritano, sino que jamás esperaría ser ayudado por él. Y de quienes se esperaría la ayuda, solamente pasaron de largo (Lucas 10.30-37). El ejemplo imperecedero de los macedonios nos enseña que solamente aquellos que se entregan verdaderamente a Dios, pueden entregarse a los demás de una forma inesperada para el hombre.

El alma generosa no espera que le pidan, sino que toma la iniciativa, busca la oportunidad, busca al necesitado, es impulsado por el amor y la misericordia del Dios al que sirve y pertenece.

4.- El Generoso Tendrá Tesoro en el Cielo

“Jesús, oyendo esto, le dijo: Aún te falta una cosa: vende todo lo que tienes, y dalo a los pobres, y tendrás tesoro en el cielo; y ven, sígueme. Entonces él, oyendo esto, se puso muy triste, porque era muy rico” (Lucas 18.22-23).

Juntando las versiones de Mateo, Marcos y Lucas, un prominente joven judío, acude corriendo a Jesús, hinca su rodilla ante él, lo reconoce como el enviado de Dios, está interesado en la vida eterna, presume de guardar todos los mandamientos de Dios y pregunta: *“¿qué más me falta?”* Tal vez esperaba que Jesús le dijera: *“nada, ya mereces el reino de Dios”*. Pero el que conoce los corazones le dice: *“aun te falta una cosa”*.

¿Cuántas veces no nos aprobamos a nosotros mismos y nos parece que cumplimos con nuestra propia regla de lo que es suficiente? ¿Cuántas veces no elaboramos nuestra lista de los mandamientos que cumplimos? ¿Cuántas veces no ensanchamos nuestras filacterias y extendemos nuestros flecos? (Mateo 23.5). Hasta que vamos ante la presencia y las palabras de Jesús, y entonces nos quedamos muy tristes.

Vemos a este joven y nos preguntamos ¿por qué se puso muy triste? ¡Debiera de estar muy feliz! El Señor mismo en persona le revela que le hace falta hacer una sola cosa para heredar la vida eterna. Y lo más importante es que se trata de algo que puede hacer, no es algo imposible, Dios no pide hacer cosas imposibles. Este hombre era muy rico, sabía bien lo que eran las riquezas, y Jesús le ofrece el mejor de los negocios: cambiar todo por un tesoro en el cielo. Dios le ofrece un tesoro que nadie le puede quitar, inagotable, inmarcesible, incorruptible, eterno.

Dice el Señor: *“Vended lo que poseéis, y dad limosna; haceos bolsas que no se envejezcan, tesoro en los cielos que no se agote, donde ladrón no llega, ni polilla destruye. Porque donde está vuestro tesoro, allí estará también vuestro corazón”* (Lucas 12.33-34). A pesar de ser un hombre muy religioso, este joven no conocía la generosidad; no sabía en donde estaba la prioridad y lo esencial de la fe. Este joven conservó su riqueza material, pero ¿en dónde estará su alma por toda la eternidad? Por eso se puso muy triste, ¿Quién puede darle la espalda a Cristo con una sonrisa?

A fin de cuentas, todo lo que poseía este hombre no se lo llevó. Si es tu dinero lo que más amas en la vida, recuerda que jamás se le ha echado a alguien en el cajón todo su dinero. Así como se viene al mundo, así se va (Eclesiastés 5.15; 1Timoteo 6.7). Como decía el escritor Khalil Gibrán: *“todo lo que posees, algún día será dado. Da pues ahora...”*. Este mismo escritor decía que damos muy poco cuando damos de lo que nos pertenece, pero que si damos de nosotros mismos, de nuestra persona, en verdad estamos dando.

Jesús dio amor, sanidad, consuelo, compañía, ejemplos, exhortación, la vida misma. Cristo nunca dio una sola moneda. A veces la generosidad no se trata de dinero, y no son recursos materiales todo lo que se puede dar. Hay quienes solo dan dinero, y hay quienes no dan nada porque no tienen dinero. Pero la verdadera riqueza de una persona es su capacidad de escuchar, su experiencia en el sufrir, su habilidad para dar consejos, su conocimiento espiritual, unas palabras de aliento o hasta una simple sonrisa, el contenido de su alma, de su mente y de su corazón.

Cuantas veces no se les dice a los hijos: *“no puedo quedarme contigo porque tengo que trabajar para ganar dinero”*, y los hijos quisieran gritar: *“no es dinero lo que necesito, te quiero a ti, quiero que me escuches, que me entiendas, que compartas tu vida conmigo”*.

El corazón generoso busca la manera de ayudar al prójimo, puede apoyarle con su carga, ayudarle a cruzar la calle, dar información, ignorar sus defectos, perdonarle, o por lo menos, hacer la tormenta de su vida más llevadera. Tu lámpara no pierde nada cuando alumbr a otros, sino que encuentra en ello su sentido y el propósito de haber sido encendida.

El alma generosa será prosperada, pero su principal, verdadera y eterna recompensa vendrá solo a su debido tiempo: *“te será recompensado en la resurrección de los justos”* (Lucas 14.12-14). Si usted dice: *“es que si ayudo a alguien, me pueden defraudar o criticar”*, no importa, ayude a quien pueda; *“es que si visito a alguien, nadie lo va a saber ni a notar”*, no importa, Dios lo sabe y está tomando nota. *“Es que todas las cosas buenas que haga, nadie las va a recordar”*, no importa, a Dios nada se olvidará: *“Porque Dios no es injusto para olvidar vuestra obra y el trabajo de amor que habéis mostrado hacia su nombre, habiendo servido a los santos y sirviéndoles aún”* (Hebreos 6.10).

El tesoro guardado en el cielo, es nada más y nada menos que el reino eterno de Dios:

“Cuando el Hijo del Hombre venga en su gloria, y todos los santos ángeles con él, entonces se sentará en su trono de gloria, y serán reunidas delante de él todas las naciones; y apartará los unos de los otros, como aparta el pastor las ovejas de los cabritos. Y pondrá las ovejas a su derecha, y los cabritos a su izquierda. Entonces el Rey dirá a los de su derecha: Venid, benditos de mi Padre, heredad el reino preparado para vosotros desde la fundación del mundo. Porque tuve hambre, y me disteis de comer; tuve sed, y me disteis de beber; fui forastero, y me recogisteis; estuve desnudo, y me cubristeis; enfermo, y me visitasteis; en la cárcel, y vinisteis a mí. Entonces los justos le responderán diciendo: Señor, ¿cuándo te vimos hambriento, y te sustentamos, o sediento, y te dimos de beber? ¿Y cuándo te vimos forastero, y te recogimos, o desnudo, y te cubrimos? ¿O cuándo te vimos enfermo, o en la cárcel, y vinimos a ti? Y respondiendo el Rey, les dirá: De cierto os digo que en cuanto lo hicisteis a uno de estos mis hermanos más pequeños, a mí lo hicisteis” (Mateo 25.31-40).

Un gran día viene, más cercano de lo que pensamos, en que el Señor volverá rodeado de sus ángeles y establecerá su tribunal. Ese día es el más importante de nuestro futuro, y es en el que debíamos de estar pensando constantemente.

Ahora estamos muy juntitos, pero ese día habrá una separación final de todas las personas que hemos existido; no habrá una tercera opción o un punto medio, solo dos opciones: las ovejas a la derecha y los cabritos a la izquierda. Y una de las bases para determinar esa separación, será lo que hayamos hecho ante personas necesitadas.

El Señor Jesucristo revela que cuando vimos a una persona con hambre y le dimos de comer, o a un sediento y le dimos de beber, o a un desnudo y lo cubrimos, en realidad lo hicimos al mismo Señor. ¿Se imagina qué será de aquellos que miran con desprecio a los pobres, que muestran desagrado ante un necesitado?

Siguiendo con esa línea de pensamiento, con esa representación que el mismo Señor emplea, debíamos de meditar mejor y más detenidamente, sobre cuál será nuestra actitud y respuesta cuando alguien solicite nuestra ayuda. No debíamos de pensar en nuestros intereses o en nuestras necesidades, sino que debemos de mirar a esa persona y decirnos: *“este hombre es el mismo Cristo Jesús y lo que yo le responda determinará el destino eterno de mi alma”*.

Dice también el apóstol Juan:

“En esto hemos conocido el amor, en que él puso su vida por nosotros; también nosotros debemos poner nuestras vidas por los hermanos. Pero el que tiene bienes de este mundo y ve a su hermano tener necesidad, y cierra contra él su corazón, ¿cómo mora el amor de Dios en él? Hijitos míos, no amemos de palabra ni de lengua, sino de hecho y en verdad” (1Juan 3.16-18).

Hay quien cree que ser generoso es difícil, pero lo difícil es enfrentar la enseñanza de Dios al respecto. Y si en su corazón aun se le hace difícil tener la disposición de ayudar al prójimo, decídase a hacer la acción correcta, y sígala haciendo, hasta que cambie su corazón. Dios le bendiga y muchas gracias por su atención.

Jesús Briseño Sánchez

Tonalá, Jalisco - Abril de 2023

“En todo os he enseñado que, trabajando así, se debe ayudar a los necesitados, y recordar las palabras del Señor Jesús, que dijo: Más bienaventurado es dar que recibir” (Hechos 20.35).